

Madre Latin y sus hijas

CARL VOSSEN
 TRAD. FERNANDO LORDA PÉREZ
 Y SANTIAGO RECIO MUÑIZ
 NOTAS Y ACTUALIZACIÓN: SANTIAGO RECIO MUÑIZ
 Editorial KRK, 2013
 525 páginas

Tan ameno libro recorre desde el nacimiento del latín hasta (pongo por caso) su presencia actual en Hungría o Polonia, pasando, claro está, por todo lo relacionado con las hijas predilectas de la lengua de Roma: el español, el portugués... o unas sorprendentes páginas sobre el retornado, del que ignorábamos tanto. Y lo que podría haber sido un peñazo de lectura abstrusa, lleno de fonología y gramática histórica se torna un modo de aventura viva, de relato con un protagonista que es una lengua de importancia angular, sea cual sea la maldita «utilidad» que los neoliberales o quienes digan tonterías analfabetas le vean. Si bien, por ponerle alguna pega y que no parezca ésta una reseña propagandística pagada, los capítulos finales parecen un añadido complementario, sí, pero un tanto deshilachado, no puede uno apartar la vista de sus páginas cuando se topa con conceptos etimológicos como la voz alemana «Kandidat» (cito un caso entre cientos): «del latín "candidus" significa "blanco". Este término designa en la antigua Roma a la persona que aspira a un cargo público, motivo por el cual viste con una resplandeciente toga blanca ("toga candida") durante la campaña electoral».

Aun en el convencimiento de que tantos quienes dicen respetar y cuidar los estudios humanísticos no le pondrán jamás la vista encima a este libro, sirva, al menos, como consuelo de profesores de clásicas en las sufridas enseñanzas medias y como material jugoso para tener a mano cualquiera, repasar y entender algo de por qué decimos lo que decimos del modo en que lo decimos. Recordemos: «Quien pierde sus orígenes pierde identidad».

Fernando Menéndez y sus Salpicaduras

Aforismos para perforar el silencio



SILVERIO SÁNCHEZ
 CORREDERA

Salpicaduras es el reciente –ayer mismo se presentó en Gijón– libro de aforismos de Fernando Menéndez. La trayectoria de este poeta asturiano, reconocido nacional e internacionalmente sobre todo como aforista y en el género del haikú, hiende ya un surco de trescientos cincuenta y un manuscritos diferentes, de ellos dieciocho en formato de libro. En estas mismas páginas ya hemos fijado en el nuestra mirada, con ocasión de *En la oquedad de tu nombre* (2006), *Hilos sueltos* (2008) y *Última Rosa* (2010).

Fernando Menéndez destaca como un poeta de estructura lingüística breve y condensada, con un juego de conceptos peculiar en el interior de cada aforismo. Si tuviera que resumir cuál es el principal contenido estético de su obra, primero señalaría el esquema literario en que se mueve, oscilante, entre la partícula y la onda, como si se tratara de una poesía cuántica. Y en ese esquema, hay un tema recurrente que colorea su verbo poético: la nihilidad de las cosas, del yo, del vivir. Pero una vez desplegada esta onda nihilista, su decir se vuelve de pronto partícula, y entonces surge la humana pasión por la belleza, que es el asidero para andar por el mundo, para no caer en aquel exclusivo amenazante vacío. En todo caso, de la negación nihilista y de la afirmación de la belleza creo yo que penden el resto de sus temas: la muerte, el amor, la religión, la estafa moral, la corrupción económica, la política, el compromiso y las contradicciones del vivir.

Salpicaduras está compuesto de cerca de trescientos versos que «salpican» de tres maneras: bien tachando imposturas, bien formando el mosaico de nuestra poquedad, bien iluminando con fulgor zonas no muy bien conocidas. Por eso, contiene tres partes que se titulan: Tachaduras, Teselas y Llamadoras.

Fijémoslos, por ejemplo, en esta salpicadura: «Nada está en blanco salvo la belleza».



Salpicaduras

FERNANDO MENÉNDEZ
 Ediciones Trea, Gijón, noviembre 2013.
 46 páginas

Adivinamos que no entendemos bien categorialmente lo que se expresa ahí, pero sentimos qué se nos está comunicando. En eso consiste la poesía. No en un decir convencional o usual (práctico o pragmático o técnico o científico), sino en utilizar el lenguaje con otra finalidad: como escalera que nos desvía, aunque sea momentáneamente, del prosaísmo de lo fáctico y que se abre a otros sentidos, sólo posibles, que no sabemos exactamente cuáles son, pero que los deseamos o presentimos... de tal modo que, al desearlos y presentarlos, es como si tuvieran la virtud no de alejarnos irrealistamente (idealizadamente) de las cosas cotidianas, sino que son la misma raíz que nos hace comprender mejor el mismo suelo que estamos pisando, con su prosaísmo, porque lo ilumina de alguna nueva manera. Fernando Menéndez, en uno de esos aforismos que reflexiona sobre su propio trabajo, lo dice así: «Un aforismo puede perforar un silencio». Porque la poesía no es enemiga de la prosa, sino su esforzada camarada que quiere a toda costa arrojar algo de luz, de otra manera. Y se pone a buscar con las palabras entre los sentidos posibles. Fernando es un maestro en construir escaleras perforadoras, con diminutas palabras, que nos llevan a sentidos desconocidos, pero que en seguida pasamos a reconocerlos como nuestros, como conforman-

do el mosaico vital en el que vivimos.

Si leemos «Mires a donde mires, rumores y brumas», la sentencia nos resulta clara para esos momentos de cálido escepticismo o de patente decepción. Pero si consideramos también «El hombre, un sopor de la naturaleza», las sensaciones se profundizan. Y siguen por este camino al leer: «Detrás de toda verdad se encuentra la verdad de la contingencia». Hay aquí una deriva nihilista. Pero si «Mires a donde mires, rumores y brumas» se conjuga con «La existencia como un andamiaje de malentendidos» y con «El hombre con su vida de identidades huidizas», entonces se abre un leve ángulo con otro sentido, como si ahora se tratara, además, de una invitación a la firmeza (contra las «identidades huidizas») o a la sencillez (contra el «andamiaje de malentendidos»). Los sentidos se expanden, porque como en vasos comunicantes su fuerza individual no funciona en clausura.

Cuando su poesía va a lo que ya está demasado claro, a esa pesantez que oprime, Fernando procede a abatirlo hasta el extremo, y lo aplasta despiadadamente. ¿Cómo lo hace? Toma un concepto, por ejemplo el de «política», y en el mismo sentido popular de quien dice «la política da asco», pasa a desentrañar las fibras de ese asco. Al cabo de unas pocas andanadas, el concepto queda redefinido: abatido a sus condiciones reales y a sus verdaderas prácticas. Así vemos: «El oficio cotidiano del político no es la verdad sino la reverencia» y «En toda política se oculta otra política», las cuales enlazan, unidas en lo que tienen de falso, con que «Las mentiras políticas exigen tecnocracia y burocracia», y con «El estado no teme al pueblo sino a los políticos» para llegar, en definitiva, a: «Cuidate del canalla refinado y político», donde el adjetivo «político» se ha consagrado ya con un significado abyecto, el mismo que tenía en la voz popular, pero ahora redefinido con ese su verdadero nuevo significado.

Pero dejémoslo ya, no sea que tengamos que darle la razón a Fernando cuando escribe que «Todos cargamos con una pesadumbre utópica».

Retratos de una América que despunta

Quienes hayan descubierto a la florentina Marcella Olschki (1921-2001) en las páginas de la celebrada *Una postal de 1939* (Periférica, 2012) tienen ahora la oportunidad de seguir viajando en su compañía gracias a la segunda y última de sus novelas autobiográficas. Si en *Una postal de 1939*, Olschki se abre, con su característico estilo diáfano y percutor, a las tormentas que durante más de un lustro habrían de convertir a buena parte del planeta en un infierno, en *Oh, América* es a una nueva vida a lo que se encamina. Casada al final del conflicto con un oficial estadounidense, Olschki viaja en 1946 a EE UU a bordo de un navío repleto de mujeres de su misma condición. La culta italiana, que deja atrás un país en ruinas, alberga la esperanza de días mejores y el temor a vivir en lo que, desde fuera, se le aparece como el epicentro del mal gusto. En su devenir habrá de todo, pero lo que sin duda destella son los múltiples y variados retratos que, de costa a costa, dibuja de un país que se encamina a un momentáneo esplendor.

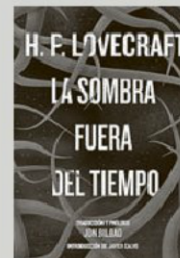


Oh, América

MARCELLA OLSCHKI
 Traducción de Francisco de Julio Carrobbles
 Periférica
 188 páginas
 16,75 euros

Una de las cimas del ciclo de Cthulhu

Siempre es tiempo de volver a Lovecraft. El mago de Providence (1890-1937) ha dejado tal impronta en la literatura de terror fantástico que a menudo se da por bien conocida su vasta obra cuando apenas se tienen vagas referencias de ella. *La sombra fuera del tiempo*, publicada en 1936, y escrita en los dos años anteriores, es una de sus piezas maestras. También traducida al castellano como *En la noche de los tiempos*, la extraña aventura del profesor Nathaniel Wingate Peaslee, quien entre 1908 y 1913 sufrió una rara amnesia, expone un terrorífico y desasosegante caso de abducción que contribuye a perfilar los contornos de las grandes razas ominosas que pueblan el universo y conforman los estratos más profundos de la mente. Recuperado de su abducción, Wingate Peaslee intenta reconstruir sus propias andanzas durante los cinco años fatídicos, a la vez que sus sueños se van poblando de imágenes cada vez más terroríficas. Veinte años de pesquisas le llevarán por fin a Australia, donde en el curso de unas excavaciones...



La sombra fuera del tiempo

H. P. LOVECRAFT
 Introducción de Javier Calvo
 Traducción y epílogo Jon Bilbao
 Nevski
 128 páginas. 15 euros